



Título original: *Wuthering Heights*

© 2025, de la traducción por Lidia Berrocal Campuzano

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-69-4

Código IBIC: FC

DL: B 11.149-2025

Diseño de interiores:

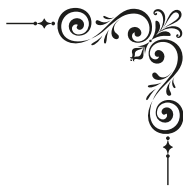
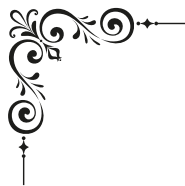
David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en noviembre de 2025 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



EMILY BRONTË

CUMBRES BORRASCOSAS

TRADUCCIÓN DE LIDIA BERROCAL CAMPUZANO



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

PRIMERA PARTE





CAPÍTULO I

Regreso en este momento de visitar al dueño de mi casa. Sospecho que ese solitario vecino me dará más de un motivo de preocupación. La comarca a la que he venido a residir es un verdadero paraíso, tal como un misántropo no hubiera logrado hallarlo igual en toda Inglaterra. El señor Heathcliff y yo podríamos haber sido una pareja ideal de camaradas en este bello país. Me pareció un individuo extraordinario. No dio muestra alguna de notar la espontánea simpatía que experimenté hacia él al verle. Antes bien, sus negros ojos se escondieron bajo los párpados y sus dedos se hundieron más profundamente en los bolsillos de su chaleco al anunciarle mi nombre.

–¿El señor Heathcliff? –pregunté. Se limitó a asentir–. Soy Lockwood, su nuevo inquilino. Me he apresurado a tener el gusto de visitarle para decirle que confío en que mi insistencia en alquilar la Granja de los Tordos no le haya molestado.

–La Granja de los Tordos es mía –contestó, separándose un poco de mí– y comprenderá que no le habría permitido a nadie que me molestase de poder evitarlo. Pase usted.

Masculló aquel «Pase usted» entre dientes y más bien como si quisiera darme a entender que me fuese al diablo. Ni siquiera terminó de abrir la puerta para corroborar sus palabras. Pero fue eso lo que me inclinó a aceptar la invitación: me intrigaba aquel hombre, más reservado, al parecer, que yo mismo.

Al ver que mi caballo empujaba la barrera de la valla, sacó la mano del chaleco, quitó la cadena de la puerta y me escoltó de mala gana. Cuando llegamos al patio, gritó:

—¡Joseph! Llévate el caballo del señor Lockwood y tráenos de beber.

La doble orden a un solo criado me hizo pensar que toda la servidumbre se reducía a él, lo que explicaba que entre las losas del suelo creciera la hierba y que los setos mostrasen señales de no ser recortados sino por el ganado que morisqueaba sus hojas.

Joseph era un hombre maduro o, mejor dicho, un viejo. Pero, a pesar de su avanzada edad, se conservaba sano y fuerte.

—¡Válgame el Señor! —murmuró con tono de contrariedad mientras se hacía cargo del caballo a la vez que me miraba con tal acritud que me requirió una gran dosis de benevolencia suponer que imploraba el auxilio divino a fin de poder digerir bien la comida y no con motivo de mi inesperada llegada.

La casa en que habitaba el señor Heathcliff se llamaba Cumbres Borrascosas. Y por cierto que tal nombre expresaba muy bien los rigores atmosféricos a los que la propiedad se veía sometida cuando la tempestad soplaba sobre ella. Sin duda se disfrutaba allí de buena ventilación. El aire debía de soplar con mucha violencia, a juzgar por lo inclinados que estaban algunos pinos situados junto a la casa y algunos arbustos cuyas hojas, como si implorasen al sol, se dirigían todas en un mismo sentido. Pero el edificio era de sólida construcción, con gruesos muros, según podía apreciarse por lo profundo de las ventanas, y con recios guardacantones protegiendo sus ángulos.

Me detuve un momento en la puerta para contemplar las tallas que ornaban la fachada. En la entrada principal leí una inscripción que decía: HARETON EARNSHAW. Aves de presa de formas extravagantes y figuras que representaban a muchachitos en posturas lascivas rodeaban la inscripción. Me habría complacido hacer algunos comentarios al respecto y hasta pedirle una breve historia del lugar a su rudo propietario,

pero permanecía ante la puerta de un modo que me indicaba su deseo de que yo entrase de una vez o me fuese y no quise aumentar su impaciencia parándome a examinar los detalles del acceso al edificio.

Un pasillo nos condujo directamente a un salón, que en la región denominan «casa» por antonomasia y que no está precedido de vestíbulo ni antecámaras. Generalmente, esta pieza comprende, a la vez, comedor y cocina, pero en Cumbres Borrascosas la cocina no estaba allí. Al menos no percibí indicio alguno de que en el inmenso lugar se cocinase nada pese a que en las profundidades de la casa me parecía sentir ruido de utensilios culinarios. En las paredes no había cacerolas ni cacharros de cocina. En cambio, se veía en un rincón de la estancia un aparador de roble cubierto de platos apilados hasta el techo, entre los que se veían jarros y tazones de plata. Había sobre él tortas de avena, piernas de buey, carneros curados y jamones. Pendían sobre la chimenea varias escopetas viejas con los cañones enmohecidos y un par de pistolas de arzón. En la repisa de la chimenea había tres tarros, pintados de vivos colores. El pavimento era de piedras lisas y blancas. Las sillas, antiguas, de respaldo alto, estaban pintadas de verde. Bajo el aparador vi a una perra rodeada de sus cachorros y distinguí a otros perros por los rincones.

Todo ello habría parecido natural en la casa de uno de los labriegos del país, musculosos, de apariencia obtusa y vestidos con calzón corto y polainas. Individuos así, sentados a la mesa ante un jarro de espumosa cerveza, pueden verse en la comarca cuanto se desee. Mas el señor Heathcliff contrastaba con el ambiente de un modo chocante. Era moreno y, por el color de la tez, parecía gitano, si bien en sus ropas y modales parecía un caballero. Aunque ataviado con algún descuido y pese a su ruda apariencia, su figura era erguida y arrogante.

Quizá muchos le calificarían de soberbio y hasta de grosero, pero algo me decía que no debía de haber nada de eso.

Intuía que su reserva procedía de que era reacio a dejar traslucir sus emociones. Debía de odiar y amar en secreto y seguramente considerase un impertinente a quien le amase u odiase a su vez.

Probablemente me precipitaba demasiado al suponer en mi casero la manera de ser que me es peculiar. Quizá el señor Heathcliff rehusaba su mano al amigo que le deparaba la ocasión por motivos muy diferentes a los míos. Quizá mi carácter fuera único. Mi madre decía que nunca sabría crear-me un hogar agradable y el verano pasado obré de un modo que acreditaba que la autora de mis días tenía razón.

Con ocasión de pasar un mes a la orilla del mar, conocí a una verdadera beldad. Me pareció una hechicera. No le dije jamás de palabra que la quería, pero, si es cierto que los ojos hablan, por la expresión de los míos habría podido deducirse que estaba loco por ella. Cuando al fin lo notó, me dirigió la mirada más dulce que habría podido esperarse. ¿Qué hice yo entonces? Con vergüenza declaro que retrocedí, que me resguardé en mí mismo como un caracol en su concha, que a cada mirada de la joven me alejaba más, hasta que ella, sin duda confusa ante tales demostraciones y pensando haberse equivocado respecto a mis sentimientos, persuadió a su madre de que se debían marchar.

Esos cambios bruscos me han granjeado fama de cruel. Solo yo sé cuán erróneo es semejante juicio.

Mi casero y yo nos sentamos frente a frente junto a la chimenea. Ambos callábamos. La perra había abandonado a sus crías y se arrastraba entre mis piernas frunciendo el hocico y enseñando sus blancos dientes. Traté de acariciarla y emitió un largo gruñido gutural.

—Es mejor que deje usted a la perra —gruñó el señor Heathcliff al unísono, a la vez que reprimía sus demostraciones feroces con un puntapié—. No está acostumbrada a las caricias ni la tenemos para eso.

Se puso en pie, se acercó a una puerta lateral y gritó:

—¡Joseph!

Sentimos a Joseph murmurar algo en las profundidades de la bodega, pero sin dar señal alguna de acudir. En vista de ello, su amo fue a buscarle y me dejó solo con la perra y con otros dos mastines, que vigilaban atentamente cada uno de mis movimientos. Sin deseo alguno de entrar en contacto con sus colmillos, permanecí quieto, pero, creyendo que las injurias mudas no les ofenderían, comencé a hacerles guiños y muecas. La ocurrencia fue desafortunada. Alguno de mis gestos debió de molestar sin duda a la señora y se lanzó bruscamente sobre mis pantorrillas. La rechacé y me apresuré a interponer la mesa entre los dos. Mi acción revolucionó a todo el ejército perruno. Media docena de diablos de cuatro patas, de todos los tamaños y edades, salieron de los rincones y se precipitaron hacia el centro de la habitación. Mis talones y los faldones de mi casaca constituyeron desde luego el principal objetivo de sus arremetidas. Empuñé el atizador de la lumbre para hacer frente a los más voluminosos de mis asaltantes, pero aun así tuve que pedir auxilio a gritos.

El señor Heathcliff y su criado subieron con exasperante lentitud las escaleras de la bodega. A pesar de que la sala era un infierno de gritos y ladridos, me pareció que los dos hombres no aceleraban su paso lo más mínimo.

Por fortuna, una ufana moradora de la cocina acudió con más diligencia. Llegó con las faldas recogidas, la faz arrebatada por la proximidad de la lumbre y los brazos desnudos. Enarboló una sartén y sus golpes, en combinación con sus ásperas palabras, disiparon la tempestad como por arte de magia. Y, cuando Heathcliff entró, en medio de la estancia ya solo estaba conmigo ella, como el mar después de una tormenta.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó él con un tono tal que me resultó intolerable después de tan inhospitalaria acogida.

—Sin duda se trata de diablos —repuse—. ¡Creo que los cerdos

endemoniados de los que hablan los Evangelios no debían de albergar espíritus más malignos que estos animales suyos, señor! ¡Dejar entre ellos a un extraño es como dejarle en compañía de una manada de tigres!

–No suelen meterse con quienes están quietos –advirtió Heathcliff–. Los perros hacen bien en vigilar. ¿Quiere usted un vaso de vino?

–No, gracias.

–¿Le han mordido?

–Si me hubiesen mordido, habría visto usted en el culpable las señales de mi réplica.

Heathcliff hizo una mueca.

–Bueno, bueno... Está usted algo excitado, señor Lockwood. Beba un poco de vino. En esta casa recibimos tan pocos invitados que, debo confesarlo, ni mis perros ni yo sabemos casi cómo recibirlos. ¡A su salud!

Correspondí al brindis y me tranquilicé considerando que resultaría estúpido enfurecerme por la agresión de unos perros cerriles. Por lo demás, se me antojó que aquel sujeto abundaba en la mofa y no me pareció bien concederle otro motivo de burla. Él, por su parte –pensando probablemente que sería una locura ofender a un buen inquilino–, suavizó un tanto el laconismo de su conversación y comenzó a abordar las ventajas y desventajas de mi nuevo domicilio, tema que sin duda supuso que sería interesante para mí. Me pareció entendido en las cosas de las que hablaba y me sentí animado a anunciarle una segunda visita para el día siguiente. Era evidente, no obstante, que él no tenía interés alguno en ello. Pero pienso volver. Resulta asombroso lo sociable que soy comparado con mi casero.

CAPÍTULO II

La tarde de ayer fue fría y brumosa. Al principio dudé entre pasarla en casa, junto al fuego, o dirigirme a través de los páramos y sobre los barrizales a Cumbres Borrascosas.

Pero, después de comer –nótese que como de una a dos, ya que el ama de llaves que adopté con la casa, como si se tratara de una de sus dependencias, no entiende, o no quiere entender, que deseo comer a las cinco–, al subir a mi cuarto, hallé en él a una criada arrodillada ante el hogar y luchando para apagar las llamas entre nubes de ceniza con las que levantaba una polvareda infernal. Semejante espectáculo me desanimó. Cogí el sombrero y, tras una caminata de seis kilómetros, llegué a casa de Heathcliff en el preciso instante en que comenzaban a caer los diminutos copos de un chubasco de aguanieve.

El suelo de aquellas solitarias alturas estaba cubierto de una capa de escarcha ennegrecida y el viento estremecía de frío todos mis miembros. Al ver que mis esfuerzos para levantar la cadena que cerraba la puerta de la verja eran vanos, salté por encima, avancé por el camino rodeado por matas de grosellas y golpeé la puerta de la casa con los nudillos hasta que me dolieron. Los perros aullaron.

–¡Qué miserables! Merecen el aislamiento perpetuo de la sociedad por tan necia inhospitalidad –murmuré mentalmente–. Lo menos que se puede hacer es tener abiertas las puertas durante el día. Pero no importa: ¡voy a entrar!

Con esta decisión, sacudí el aldabón. El rostro avinagrado de Joseph apareció en una ventana del granero.

–¿Qué quiere usted? –me interpeló–. El amo está en el corral. Dé la vuelta por la esquina del establo si quiere hablar con él.

–¿No hay nadie que abra la puerta? –respondí.

–Nadie más que la señorita y ella no le abriría aunque estuviese usted llamando insistentemente hasta la noche. Sería inútil.

–¿Por qué no? ¿No puede decirle que soy yo?

–¿Yo? ¡No! ¿Qué tengo yo que ver con eso? –replicó mientras se retiraba.

Comenzaba a caer una espesa nevada. Empuñaba ya el aldabón para volver a llamar cuando apareció un joven sin chaqueta y con una horca al hombro y me dijo que le siguiera. Atravesamos un lavadero y un patio enlosado, en el que había un pozo con bomba y un palomar, y llegamos a la habitación donde me habían recibido el día anterior. Un inmenso fuego de carbón y leña la caldeaba y, al lado de la mesa, en la que estaba servida una abundante merienda, tuve la satisfacción de ver a la señorita, de cuya existencia no había tenido antes noticia alguna. La saludé y permanecí de pie, esperando que me invitara a sentarme. Ella me miró y no se movió de la silla ni pronunció una sola palabra.

–¡Qué tiempo tan malo! –comenté–. Lamento, señora Heathcliff, que la puerta haya sufrido las consecuencias de la negligencia de sus criados. Me ha costado un trabajo tratando hacerme oír.

Ella no despegó los labios. La miré atentamente y me correspondió con una mirada tan fría que resultaba molesta y desagradable.

–Siéntese –gruñó la joven–. Heathcliff vendrá enseguida.

Obedecí, tosí y llamé a June, la perversa perra, que esta vez se dignó a mover la cola en señal de que me reconocía.

–¡Hermoso animal! –empecé–. ¿Piensa usted desprenderse de los cachorrillos, señora?

–No son míos –dijo la amable anfitriona con un tono aún más repelente que el que habría empleado el propio Heathcliff.

–Entonces, ¿sus favoritos son aquellos? –continué, volviendo la mirada hacia lo que me pareció un cojín con gatos.

–Serían unos favoritos bastante extravagantes –contestó la joven desdeñosamente.

Por desgracia, los supuestos gatitos eran, en realidad, un montón de conejos muertos. Volví a toser, me aproximé al fuego y repetí mis comentarios sobre lo desagradable de la tarde.

–No debería haber salido –dijo ella mientras se incorporaba y trataba de alcanzar dos de los tarros pintados que decoraban la chimenea.

Ahora, a la claridad de las llamas, podía distinguir por completo su figura. Era muy esbelta y al parecer apenas había salido de la adolescencia. Estaba admirablemente formada y poseía la más linda faz que hubiese contemplado jamás. Tenía las facciones menudas, la tez muy blanca, dorados bucles que pendían sobre su delicada garganta y unos ojos que habrían sido irresistibles de haber ofrecido una expresión agradable. Por fortuna para mi sensible corazón, aquella mirada no manifestaba en aquel momento más que desdén y una especie de desesperación que resultaba increíble en unos ojos tan bellos.

Como los tarros estaban fuera de su alcance, intenté auxiliarla, pero se volvió hacia mí con la airada expresión del avaro ante alguien que quiere ayudarle a contar su oro.

–No hace falta que se moleste –dijo–. Puedo cogerlos yo sola.

–Perdone –me apresuré a contestar.

–¿Le han invitado a tomar el té? –me preguntó mientras se ponía un delantal sobre el vestido y se sentaba con una cucharada de hojas de té que había sacado del bote en la mano.

–Tomaré una taza con mucho gusto –respondí.

–¿Le han invitado? –insistió.

—No —dije sonriendo—. Pero nadie más indicado que usted para invitarme.

Volvió a echar el té en el bote, con cuchara y todo, y se sentó de nuevo frunciendo el entrecejo, con un puchero en los labios, como un niño que está a punto de llorar.

El joven, entretanto, se había puesto un andrajoso gabán y en aquel momento me miró como si entre nosotros existiese un resentimiento mortal. Yo dudaba de si aquel personaje era un criado o no. Hablaba y vestía toscamente, sin ninguno de los detalles que Heathcliff presentaba de pertenecer a una clase superior. Su cabellera castaña estaba desgredadísima, su bigote crecía descuidadamente y sus manos eran tan burdas como las de un labrador. Pero, con todo, ni sus ademanes ni el modo que tenía de tratar a la señora eran los de un criado. Ante la duda, preferí no aventurar juicio alguno sobre él. Cinco minutos después, la llegada de Heathcliff alivió un tanto la molesta situación en que me encontraba.

—Como ve, he cumplido mi promesa —dije con tono falsamente jovial—. Y temo que el mal tiempo me haga permanecer aquí media hora, si quiere usted acogerme durante ese rato...

—¿Media hora? —repuso mientras se sacudía los blancos copos que le cubrían la ropa—. ¡Me asombra que haya elegido usted pasear en plena nevada! ¿No sabe que corre el peligro de perderse en los pantanos? Hasta quienes están familiarizados con ellos se extravían a veces. Y le aseguro que no hay probabilidad alguna de que el tiempo mejore.

—Quizá uno de sus criados pueda servirme de guía. Se quedaría en la granja hasta mañana. ¿Puede proporcionarme uno?

—No, no me es posible.

—Bueno..., pues entonces habré de confiar en mis propios medios...

—Mmm...

—¿Qué? ¿Haces el té o no? —espetó el joven del abrigo andrajoso, despegando su mirada de mí para dirigirla a la mujer.

—¿Le sirvo también a ese señor? —preguntó ella.

—Tú hazlo, ¿de acuerdo? —repuso Heathcliff con tal brusquedad que me hizo sobresaltarme.

Había hablado de una forma que delataba una naturaleza auténticamente perversa. Desde aquel momento no sentí inclinación alguna a considerar a aquel hombre un individuo extraordinario.

Cuando el té estuvo preparado y servido en la mesa, Heathcliff dijo:

—Acerque su silla, señor.

Todos nos sentamos a la mesa, incluso el tosco joven. Un silencio absoluto reinó mientras tomábamos el té.

Pensé que, puesto que yo era el responsable de aquel nublado, debía ser también quien lo disipase. Aquella taciturnidad que mostraba no debía de ser su modo habitual de comportarse. Así pues, lo intenté:

—Es curioso considerar qué ideas tan equivocadas nos formamos a veces sobre el prójimo. Muchos no podrían imaginar que fuese feliz una persona que lleva una vida tan apartada del mundo como la suya, señor Heathcliff. Y, sin embargo, usted es dichoso rodeado de su familia, con su amable esposa, que, como un ángel tutelar, reina en su casa y en su corazón...

—¿Mi amable esposa? —interrumpió con una sonrisa diabólica—. ¿Y dónde está mi amable esposa, si se puede saber?

—Me refiero a la señora Heathcliff.

—¡Ah, ya! Quiere usted decir que su espíritu, después de desaparecido su cuerpo, se ha convertido en mi ángel de la guarda y custodia Cumbres Borrascosas. ¿No es así?

Comprendí que había dicho una tontería y traté de rectificar. Debería haberme dado cuenta de la notoria diferencia de edad antes de suponer que fuera su esposa. Él tenía alrededor de cuarenta años y a esa edad de pleno vigor mental

uno no se autoengaña con la idea de casarse con una muchacha por amor. Semejante ilusión está reservada a la ancianidad. En cuanto a ella, no aparentaba más de diecisiete años.

Entonces, como un relámpago, brotó otra idea: «Quizá el grosero personaje que se sienta a mi lado, que bebe el té en un tazón y come el pan con sus sucias manos es su marido. Estas son las consecuencias de vivir lejos del mundo: ella ha debido de casarse con este patán creyendo que no hay otros que valgan más que él. Es lamentable. Y yo debo procurar que, por mi culpa, no vaya a arrepentirse de su elección». Semejante reflexión podrá parecer vanidosa, pero era sincera. Mi vecino de mesa presentaba un aspecto repulsivo, mientras que me constaba por experiencia que yo era pasablemente agradable.

—La señora es mi nuera —dijo Heathcliff, confirmando mis suposiciones, y mientras lo decía la miró con expresión de odio.

—Así que el feliz dueño de la benéfica hada es usted —comenté, volviéndome hacia mi vecino.

Con eso solo empeoré las cosas. El joven apretó los puños, con evidente intención de atacarme, pero se contuvo y desahogó su ira en una brutal maldición que me concernía y de la que no me di por enterado.

—Está usted muy desatinado —dijo Heathcliff—. Ninguno de los dos tenemos la suerte de ser dueños de la buena hada a la que se refiere. Su esposo ha muerto. Y, puesto que he dicho que era mi nuera, debía de estar casada con mi hijo.

—Entonces este joven es...

—Mi hijo no, desde luego.

Y Heathcliff sonrió, como si fuera una extravagancia atribuirle la paternidad de aquel oso.

—Mi nombre es Hareton Earnshaw —gruñó el otro— y le aconsejo que lo pronuncie con el máximo respeto.

—Creo haberlo respetado —respondí mientras me reía para mis adentros de la dignidad con que había hecho su presentación aquel individuo.

Él me miró durante tanto tiempo y con tal fijeza que me hizo experimentar deseos de abofetearle o de echarme a reír en sus propias barbas. Comenzaba a sentirme incómodo en aquel agradable círculo familiar. El ingrato ambiente neutralizaba el confortable calor que me rodeaba y resolví no volver una tercera vez.

Concluida la colación, y en vista de que nadie pronunciaba una palabra, me acerqué a la ventana para comprobar el tiempo. El espectáculo era penoso: la noche caía prematuramente y la ventisca barría las colinas.

—Creo que, sin alguien que me guíe, no voy a poder volver a casa —exclamé, sin poder contenerme—. La nieve debe de haber borrado los caminos y, aunque no fuera así, es imposible ver a un pie de distancia.

—Hareton —dijo Heathcliff—, lleva las ovejas a la entrada del granero y pon un madero delante. Si pasan la noche en el corral, amanecerán cubiertas de nieve.

—¿Cómo voy a hacer? —continué, sintiendo que mi irritación aumentaba.

Nadie contestó a mi pregunta. Paseé la mirada a mi alrededor y no vi más que a Joseph, que traía comida para los perros, y a la señora Heathcliff, quien, inclinada sobre el fuego, se entretenía en quemar un paquete de fósforos que habían caído de la repisa de la chimenea al volver a poner el bote de té en su sitio. Joseph, después de vaciar el recipiente en el que traía la comida de los animales, rezongó:

—Me asombra que se quede ahí como un pasmarote cuando los demás se han ido... Pero con usted no hay palabra que valga. Es incorregible y acabará yendo directamente al diablo, como le ocurrió a su madre.

Creí que aquel sermón iba dirigido a mí y me adelanté hacia el viejo bribón con el firme propósito de darle un puntapié

y obligarle a que se callara. Pero la señora Heathcliff se me anticipó:

–¡Viejo hipócrita! ¿No temes que el diablo te lleve cuando pronuncias su nombre? Te lo advierto: se lo pediré al demonio como un favor especial si no dejas de provocarme. Ya basta, Joseph. Mira –agregó, sacando un libro de un estante–: cada vez progreso más en la magia negra. Muy pronto seré maestra en la ciencia oculta. Y, para que te enteres, la vaca colorada no murió por casualidad y tu reumatismo difícilmente parece un obsequio de la providencia...

–¡Malvada! –gritó el viejo–. ¡Dios nos libre de todo mal!

–¡Estás condenado, réprobo! Sal de aquí si no quieres que te ocurra algo malo de verdad. Voy a hacer muñecos de barro o de cera de todos vosotros y, al primero que se extralimite, ya verás lo que le haré; se acordará de mí... Lárgate. ¡Te vigilo!

Y la pequeña bruja puso tal expresión de malevolencia en sus ojos que Joseph salió precipitadamente, rezando y temblando, mientras murmuraba:

–¡Malvada, malvada!

Supuse que la joven había querido gastarle al viejo una broma macabra y, en cuanto nos quedamos solos, quise hacerla partícipe de mi problema:

–Señora Heathcliff –dije con seriedad–, perdone que la moleste. Una mujer con una cara como la suya por fuerza tiene que ser buena. Indíqueme alguna referencia para volver a casa. Tengo la misma idea de por dónde se va que la que usted podría tener para ir a Londres.

–Vaya por el mismo camino que vino –me contestó mientras se sentaba en una silla con una vela y un largo libro abierto delante–. Es un consejo sencillo, pero no puedo darle otro.

–En ese caso, si mañana le dicen que me han hallado muerto en una ciénaga o en una zanja llena de nieve, ¿no le remorderá la conciencia?

—¿Por qué habría de hacerlo? No puedo acompañarle. No me dejarían ni siquiera ir hasta la verja.

—¡Oh! Yo no le pediría por nada del mundo que saliese para ayudarme en una noche como esta. No le pido que me enseñe el camino, sino que me lo indique de palabra o que convenza al señor Heathcliff para que me proporcione un guía.

—¿Qué guía? En la casa no estamos más que él, Hareton, Zillah, Joseph y yo. ¿A quién elige usted?

—¿No hay mozos en la finca?

—No hay más gente que la que digo.

—Entonces me veré obligado a quedarme.

—Eso es cosa suya y de su anfitrión. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Confío en que esto le sirva de lección para hacerle desistir de dar paseos —gritó la voz de Heathcliff desde la cocina—. Yo no tengo alcobas para los visitantes. Si se queda, tendrá que dormir con Hareton o con Joseph en la misma cama.

—Puedo dormir en una de las butacas de este cuarto —repuse.

—¡Oh, no! Un forastero, rico o pobre, es siempre un forastero. No permitiré que nadie haga guardia en la plaza cuando yo no estoy de servicio —dijo el miserable.

Mi paciencia había llegado al límite. Me precipité hacia el patio lanzando un juramento y al salir tropecé con Earnshaw. La oscuridad era tan profunda que no atinaba con la salida y, mientras la buscaba, asistí a una muestra del modo que tenían de tratarse entre sí los miembros de la familia. Parecía que el joven al principio se sentía inclinado a ayudarme, porque les dijo:

—Le acompañaré hasta el parque.

—Le acompañarás al infierno —exclamó su pariente, señor o lo que fuera—. ¿Quién va a cuidar entonces de los caballos?

—La vida de un hombre vale más que el cuidado de los caballos... —dijo la señora Heathcliff con más amabilidad de la que yo esperaba—. Es preciso que vaya alguien...

–Pero no por orden tuya –se apresuró a responder Hareton–. Si tanto te importa su bienestar, mejor es que te calles.

–¡Pues así el espíritu de ese hombre te persiga hasta tu muerte y el señor Heathcliff no encuentre otro inquilino para su granja hasta que esta se derrumbe! –dijo ella con acritud.

–¡Escuche, escuche, está lanzándoles una maldición! –murmuró Joseph, hacia quien yo me encaminaba en aquel momento.

El viejo ordeñaba las vacas sentado a la luz de una linterna. Se la quité y, diciéndole que se la devolvería al día siguiente, me precipité hacia una de las puertas.

–¡Señor, señor, me ha robado la linterna! –gritó el viejo, corriendo detrás de mí–. ¡Gruñón, Lobo! ¡Duro con él!

En el instante en que se abría la puertecilla a la que me dirigía, dos monstruos peludos se arrojaron a mi garganta y me derribaron. La luz se apagó. Heathcliff y Hareton prorrumpieron en carcajadas. Mi humillación y mi ira llegaron al límite.

Afortunadamente, los animales se contentaban con arañar el suelo, abrir las fauces y mover furiosamente el rabo. Pero no me permitían levantarme y tuve que permanecer en el suelo hasta que a sus villanos dueños se les antojó. Cuando estuve en pie, conminé a aquellos miserables a que me dejaran salir, haciéndoles responsables de lo que sucediera si no me atendían y lanzándoles apóstrofes que en su incoherente violencia recordaban a los del rey Lear.

La excitación me produjo una fuerte hemorragia nasal. Heathcliff seguía riéndose y yo gritando. No acierto a imaginar en qué habría terminado todo aquello de no haber intervenido una persona más serena que yo y más bondadosa que Heathcliff. Zillah, la robusta ama de llaves, apareció para ver lo que sucedía. Y, suponiendo que alguien me había agredido pero sin osar increpar a su amo, dirigió los tiros de artillería contra el más joven:

–No comprendo, señor Earnshaw, qué resentimientos tiene

usted contra el prójimo. ¿Va usted a asesinar a las gentes en la propia puerta de su casa? ¡Nunca voy a poder estar a gusto en esta casa! ¡Pobre muchacho! Está a punto de ahogarse. ¡Chis, chis! No puede usted irse en ese estado. Venga, que voy a curarle. Estese quieto.

Y, hablando así, me vertió sobre la nuca un recipiente lleno de agua helada y luego me hizo pasar a la cocina. El señor Heathcliff, de regreso a su habitual estado de mal humor después de su explosión de regocijo, nos seguía.

El desmayo que sentía como secuela de todo lo sucedido me obligó a aceptar alojamiento entre aquellos muros. Heathcliff mandó a Zillah que me diese un vaso de *brandy* y se retiró a una habitación interior. Ella vino con lo ordenado, que me reanimó bastante, y luego me acompañó hasta una alcoba.

CAPÍTULO III

Mientras subía las escaleras delante de mí, la mujer me aconsejó que ocultase la vela y procurase no hacer ruido, porque su amo tenía ideas extrañas acerca del aposento donde iban a instalarme y no le agradaba que nadie durmiese allí. Le pregunté los motivos, pero me contestó que solo llevaba en la casa dos años y que había visto tantas cosas raras que no sentía deseo alguno de curiosear más.

Por mi parte, la estupefacción no me daba lugar a averiguaciones. Cerré, pues, la puerta y busqué el lecho. Los muebles se reducían a una percha, una silla y una enorme caja de roble con aperturas laterales. Me aproximé a tan extraño mueble y me cercioré de que se trataba de una especie de lecho antiguo, sin duda destinado a suplir la falta de una habitación separada para cada miembro de la familia. De hecho, formaba por sí mismo una pequeña habitación y el alféizar de la ventana contra cuya pared estaba arrimado servía de mesa.

Deslicé uno de los paneles, entré con la luz, cerré y sentí la impresión de que me hallaba a cubierto de la vigilancia de Heathcliff o de cualquier otro de los habitantes de la casa.

Puse la vela en el alféizar de la ventana. Había allí varios libros polvorientos en un estante cubierto de palabras trazadas raspando la pintura. Aquellos escritos se reducían a un nombre: «Catherine Earnshaw», repetido una y otra vez en letras de todos los tamaños. Pero el apellido variaba a veces y, en vez de «Catherine Earnshaw», se leía en algunos sitios «Catherine Heathcliff» o «Catherine Linton».

Estaba fatigado. Apoyé la cabeza contra la ventana y empecé a murmurar: «Catherine Earnshaw, Heathcliff, Linton...». Los ojos se me cerraron y, antes de que transcurrieran cinco minutos, creí ver alzarse en la oscuridad una multitud de letras blancas como lívidos espectros. El ambiente parecía lleno de «Catherines». Me incorporé, esperando alejar así aquel nombre que acudía a mi cerebro como un intruso, y entonces vi que el pabilo de la vela había caído sobre uno de los viejos libros, cuya cubierta empezaba a chamuscarse, saturando el ambiente de un fuerte olor a pergamino quemado.

Extinguí la llama y me senté. Sentía frío y un ligero mareo. Cogí el tomo chamuscado por la vela y lo hojeé. Era una vieja Biblia; hedía a apolillado y sobre una de sus hojas, que estaba suelta, leí: «Este libro es de Catherine Earnshaw» y una fecha de veinticinco años atrás. Cerré aquel volumen y cogí otro, y luego varios más. La biblioteca de Catherine era selecta y lo estropeados que estaban los tomos demostraba que habían sido muy usados, aunque no siempre para los fines propios de un libro. Los márgenes de cada página estaban cubiertos de comentarios manuscritos, algunos de los cuales constituían frases aisladas. Otros eran, al parecer, retazos de un diario garrapateado por una inexperta mano infantil. Encabezando una página en blanco, descubrí, no sin regocijo, una magnífica caricatura de Joseph, diseñada burdamente, pero con trazos enérgicos. Sentí un vivo interés hacia aquella desconocida Catherine y traté de descifrar los jeroglíficos de su escritura. Decía uno de los párrafos:

¡Qué ingrato domingo! ¡Cuánto daría porque papá estuviera aquí. . .! Hindley es un nefasto sustituto y se porta de forma atroz con Heathcliff. H. y yo vamos a rebelarnos. Esta tarde comenzamos.

Estuvo lloviendo todo el día. No pudimos ir a la iglesia y Joseph nos reunió en el desván. Mientras Hindley y su mujer permanecían abajo, sentados junto al fuego —estoy convencida de que haciendo de todo menos leer sus Biblias—, a Heathcliff y a mí y al desdichado mozo de mulas nos ordenaron coger los devocionarios y que subiésemos. Nos hicieron sentar en un saco de trigo y Joseph inició su sermón, que yo esperaba que abreviase a causa del frío que se sentía allí. Pero mi esperanza resultó fallida. El sermón duró tres horas justas y, sin embargo, mi hermano, al vernos bajar, aún tuvo la desfachatez de decir: «¿Cómo habéis terminado tan pronto?». Durante las tardes de los domingos nos dejan jugar, pero cualquier pequeñez, una simple risa, basta para que nos manden a un rincón.

—Os olvidáis de que aquí hay un jefe —suele decir el tirano—. Al que me exaspere, le hundo. Exíjole seriedad y silencio absoluto. ¡Chico! ¿Has sido tú? Querida Frances, dale un tirón de pelo; le he oído chasquear los dedos.

Frances le tiró del pelo con todas sus fuerzas. Luego se sentó en las rodillas de su esposo y los dos empezaron a hacer niñerías, besándose y diciéndose estupideces, para nuestra vergüenza. Nosotros nos acomodamos como pudimos en el hueco que forma el aparador. Colgué delante nuestros delantales, como si fueran una cortina, pero enseguida llegó Joseph, deshizo mi obra, me dio una bofetada y rezongó:

—Con el amo recién enterrado, un domingo y las palabras del Evangelio resonando todavía en vuestros oídos ¡y ya os ponéis a jugar! ¿No os da vergüenza? Sentaos, so golfos, y leed libros pía-dosos que os ayuden a pensar en la salvación de vuestras almas.

Y, mientras hablaba, tiró sobre nuestras rodillas unos libros viejos y nos obligó a sentarnos de manera que el resplandor del hogar nos alumbrase en nuestra lectura. Yo no pude soportar aquella tarea. Cogí el libro y lo arrojé al rincón de los perros, jurando odiar los libros piadosos. Heathcliff hizo lo mismo con el suyo y entonces empezó el jaleo.

—¡Señor Híndley, venga! —gritó Joseph—. La señorita Catherine ha roto las tapas de La armadura de salvación y Heathcliff ha golpeado con el pie la primera parte de El camino de perdición. No pueden seguir comportándose así. El difunto señor les hubiera dado lo que se merecen. Pero ¡ya se fue!

Híndley, abandonando su paraíso, se precipitó sobre nosotros, nos cogió a uno por el cuello y a otro por el brazo y nos mandó a la cocina. Allí Joseph nos aseguró que el coco vendría a buscarnos, tan claro como la luz, y nos obligó a sentarnos en distintos lugares, donde hubimos de permanecer, separados, esperando la llegada del susodicho. Yo cogí este libro y un tintero que había en un estante y abrí un poco la puerta para tener luz y poder escribir, pero mi compañero, al cabo de veinte minutos, siente tanta impaciencia que me propone apoderarnos del mantón de la criada y, tapándonos con él, ir a dar una vuelta por los pantanos. ¡Qué buena idea! Así, si viene ese viejo malvado, creará que su amenaza se ha hecho realidad. No creo que estemos peor que aquí a pesar de la lluvia y del viento.

Catherine debió de ejecutar aquel plan sin duda, puesto que a continuación cambiaba de tema y adquiría tono de lamento:

¡Poco podía suponer que Hindley me haría llorar tanto! Me duele la cabeza hasta el punto de que no puedo ni siquiera reclinarla en la almohada. ¡Pobre Heathcliff! Hindley le llama vagabundo y ya no le permite comer con nosotros ni tampoco sentarse a nuestro lado. Dice que no volveremos a jugar juntos y le amenaza con echarle de casa si le desobedece. Hasta se ha atrevido a criticar a papá por haber tratado a Heathcliff demasiado bien y jura que volverá a ponerle en el lugar que le corresponde.

Yo estaba ya medio dormido y mis ojos iban del manuscrito de Catherine al texto impreso. Percibí un título grabado en rojo con muchas florituras que decía: «Setenta veces siete y el primero de los setenta y uno. Sermón predicado por el reverendo padre Jabes Branderham en la iglesia de Gimmerden Sough». Y me dormí meditando maquinalmente en lo que diría el reverendo padre sobre aquel asunto.

Pero la mala calidad del té y la destemplanza que tenía me hicieron pasar una noche horrible. Soñé que era ya por la mañana y que regresaba a mi casa con Joseph como guía. El camino estaba cubierto de nieve y cada vez que me tropezaba mi acompañante me amonestaba por no haber tomado un bastón de peregrino, sin el cual nunca conseguiría regresar a casa, y me enseñaba a la vez jactanciosamente un grueso garrote que él consideraba, al parecer, un bastón. Al principio me pareció absurdo que me fuera necesario semejante perrecho para entrar en mi propia casa. Y de repente una idea me iluminó el cerebro: no íbamos a casa, sino que nos dirigíamos a escuchar el sermón del padre Branderham sobre las setenta veces siete y no sabía si a Joseph, al predicador o a mí nos iban a acusar y excomulgar públicamente.

Llegamos a la iglesia, ante la que en realidad he pasado dos o tres veces. Está situada en una hondonada, entre dos colinas, junto a un pantano, cuyo fango, según se dice, tiene

la propiedad de momificar los cadáveres. El tejado de la iglesia se ha conservado intacto hasta ahora, pero pocos clérigos quieren encargarse de la parroquia, ya que el sueldo es de solo veinte libras anuales y la rectoral consiste únicamente en dos habitaciones camino de ser una, sin posibilidad alguna, además, de que los fieles contribuyan a las necesidades de su pastor ni con un penique adicional. Pero, en mi sueño, un numeroso auditorio escuchaba a Jabes, quien predicaba un sermón dividido en cuatrocientas noventa partes, cada una dedicada a un pecado distinto. Lo que no podría decir es de dónde había sacado tantos pecados el reverendo; tenía su propia forma de interpretar la palabra y parecía preciso que cada cual cometiese un pecado diferente cada vez. Eran, por supuesto, de los géneros más extravagantes, no habría sido capaz de imaginármelos nunca.

¡Qué odiosa pesadilla! Me retorcía en el sitio, bostezaba, daba cabezadas y volvía a despejarme. Me pellizcaba, me frotaba los párpados, me levantaba y me volvía a sentar y a veces tocaba a Joseph para preguntarle cuándo iba a acabar aquel sermón. Pero tuve que escucharlo hasta el fin. Cuando llegó al primero de los setenta y uno, acudió a mi cerebro una súbita idea: levantarme y acusar a Jabes Branderham de cometer el pecado imperdonable. «Padre –exclamé–, sentado entre estas cuatro paredes, he aguantado y perdonado las cuatrocientas noventa divisiones de su sermón. Setenta veces siete cogí el sombrero para marcharme y setenta veces siete me ha obligado a volver a sentarme. Una vez más es excesiva. Hermanos de martirio, ¡a él! Arrastradle y despedazadle en partículas tan pequeñas que no vuelvan a encontrarse ni sus rastros».

«Tú eres el Hombre –gritó Jabes después de un silencio solemne–. Setenta veces siete te he visto gesticular y bostezar. Setenta veces siete consulté mi conciencia y hallé que todo ello merecía perdón. Pero el primer pecado de los setenta

y uno se acaba de cometer y eso es imperdonable. Hermanos, ejecutad con él lo que está escrito. ¡Honor a todos los santos!».

Tras esta conclusión, los concurrentes enarbolaron sus bastones de peregrino y se arrojaron sobre mí. Viéndome desarmado, entablé una lucha con Joseph, el primero en arremeter, para quitarle el garrote. Se cruzaron muchos garrotazos y algunos golpes destinados a mí recayeron sobre otras cabezas. Todos se apaleaban entre sí y la iglesia retumbaba al son de los golpes. Branderham, por su parte, descargaba violentos manotazos en las tablas del púlpito, y tan vehementes fueron que acabaron por despertarme.

Comprobé que lo que me había sugerido tal tumulto era la rama de un abeto que batía contra los cristales de la ventana, agitada por el viento. Volví a dormirme y soñé cosas aún más desagradables.

Ahora recordaba descansar en una caja de madera y que el cierzo y las ramas de un árbol golpeaban la ventana. Tanto me molestaba el ruido que, en sueños, me levanté y traté de abrir el postigo. No lo conseguí, porque el tirador estaba soldado, algo que había observado despierto y luego olvidado.

–¡Pero debo pararlo como sea! –murmuré.

Entonces rompí el cristal de un puñetazo y saqué el brazo para separar la molesta rama. Mas en lugar de ella sentí el contacto de una pequeña mano helada. Me poseyó un intenso terror y quise retirar el brazo, pero la mano me sujetaba y una voz melancólica repetía:

–¡Déjame entrar, déjame entrar!

–¿Quién eres? –pregunté, pugnando por soltarme.

–Catherine Linton –contestó temblorosa–. Me había perdido en los pantanos, pero vuelvo a casa.

No sé por qué recordé el apellido Linton, habiendo leído veinte veces más «Earnshaw». Miré y divisé el rostro de una niña a través de la ventana. El horror me hizo obrar con crueldad y, al no lograr desasirme de la niña, apreté sus puños

contra el corte del cristal hasta que la sangre brotó y empapó las sábanas. Pero ella seguía gimiendo:

–¡Déjame entrar!

Y me oprimía la mano hasta llevar mi terror casi a la locura.

–¿Cómo voy a dejarte entrar –dije por fin– si no me sueltas la mano?

El fantasma aflojó su presión. Metí precipitadamente la mano por el hueco del vidrio roto, amontoné contra él una pila de libros y me tapé los oídos para no escuchar la dolorosa súplica. Estuve así alrededor de un cuarto de hora, pero, en cuanto volvía a escuchar, oía el mismo ruego lastimero:

–¡Márchate! –grité–. ¡No te abriré aunque me lo estés pidiendo veinte años seguidos!

–Veinte años han pasado –musitó–. Veinte años han pasado desde que me perdí.

Empezó a empujar levemente desde fuera. El montón de libros oscilaba. Intenté moverme, pero mis músculos estaban como paralizados y, en el colmo del horror, grité.

El grito no había sido soñado. Con gran turbación sentí que unos pasos se acercaban a la puerta de la alcoba. Alguien la abrió y por las aberturas del lecho percibí luz. Me senté en la cama, sudoroso, estremecido aún de miedo. El que había entrado murmuró algunas palabras como si hablase solo y luego dijo con el tono de quien no espera recibir respuesta alguna:

–¿Hay alguien ahí?

Reconocí la voz de Heathcliff y, comprendiendo que era necesario revelarle mi presencia, ya que si no buscaría y acabaría encontrándome, descorrí los paneles del lecho. Tardaré en olvidar el efecto que le produjo.

Heathcliff se paró en la puerta. Vestía un camisón, sostenía una vela en la mano y su faz estaba lívida. El ruido de los tablones al descorrerse fue como una corriente eléctrica. La vela se le escapó de entre los dedos y su excitación era tal que le costó mucho recuperarla.

–Soy su huésped, señor –dije para evitar que continuase demostrándome su miedo–. He gritado sin darme cuenta mientras soñaba. Lamento haberle molestado.

–¡Dios le confunda, señor Lockwood! ¡Váyase al...! –replicó mi casero–. ¿Quién le ha traído a esta habitación? –continuó, hundiéndose las uñas en las palmas de las manos y rechinando los dientes en su esfuerzo por dominar la excitación que le poseía–. ¿Quién le trajo? Dígamelo para echarle de casa inmediatamente.

–Su criada, Zillah –repuse mientras saltaba del lecho y recogía mis ropas–. Haga con ella lo que le parezca, porque se lo ha merecido. Probablemente quiso comprobar a mi costa si este sitio está verdaderamente embrujado. Y le aseguro que así es: está poblado por fantasmas y duendes. Hace usted bien en tenerlo cerrado. Nadie le agradecerá dormir aquí.

–¿Qué quiere usted decir y qué está haciendo? –replicó Heathcliff–. Acuéstese y pase la noche, pero, en nombre de Dios, no repita el escándalo de antes. No tiene justificación, a no ser que le estuvieran decapitando.

–Si aquella endemoniada bruja llega a entrar, a buen seguro que me habría estrangulado –le respondí–. No me siento con ganas de soportar más persecuciones de sus hospitalarios antepasados. ¿El reverendo Jabes Branderham no sería tal vez pariente suyo por parte de madre? Y, en cuanto a Catherine Earnshaw, o Linton, o como se llamara, ¡menu-da debía de ser! Según me dijo, ha andado errando durante veinte años, lo que sin duda es justo castigo a sus pecados.

En aquel momento recordé que el apellido de Heathcliff estaba unido en el libro al de Catherine, lo cual había olvidado hasta entonces. Me avergoncé de mi descortesía, pero, como si no me diese cuenta, me apresuré a añadir:

–El caso es que a primera hora de la noche estuve... –iba a decir «hojeando esos volúmenes», pero me corregí y continué–: repitiendo el nombre que hay escrito en esa ventana, como ejercicio para atraer el sueño...

—¿Cómo se atreve a hablarme de este modo estando en mi casa? —rugía entretanto Heathcliff—. Hay que estar loco para hablarme así.

Se golpeaba la frente con violencia. Yo no sabía si ofenderme o seguir explicándome, pero me pareció tan afectado que sentí compasión y continué refiriéndole mi sueño y afirmando que nunca había oído pronunciar hasta entonces el nombre de Catherine Linton, pero que, a fuerza de verlo escrito allí, llegó a plasmarse en una forma concreta al dormirme.

Mientras hablaba, Heathcliff, poco a poco, había ido retirándose de mi lado, hasta que acabó escondiéndose detrás del lecho. A juzgar por su respiración irregular, luchaba para reprimir sus emociones. Fingí no darme cuenta, continué vistiéndome y comenté:

—No son todavía las tres. Yo creía que serían las seis por lo menos. El tiempo aquí se hace eterno. Solo debían de ser las ocho cuando nos acostamos.

—En invierno nos retiramos siempre a las nueve y nos levantamos a las cuatro —replicó mi casero, reprimiendo un gemido y limpiándose una lágrima, según conjeturé por un ademán de su brazo—. Acuéstese; si baja tan temprano no hará más que estorbar. En lo que a mí respecta, sus gritos me han desvelado.

—También a mí —repuse—. Bajaré al patio, pasearé por él hasta que amanezca y después me iré. No tema una nueva intrusión. Lo sucedido me ha quitado para siempre las ganas de buscar amigos, en el campo o en la ciudad. Un hombre sensato debe tener compañía suficiente consigo mismo.

—¡Magnífica compañía! —murmuró Heathcliff—. Coja la vela y váyase a donde quiera. Me reuniré con usted enseguida. No salga al patio, porque los perros están sueltos. Ni al salón, porque June está allí de vigilancia. De modo que tiene que limitarse a andar por los pasillos y las escaleras. Pero váyase. Yo estaré con usted dentro de dos minutos.

Obedecí y me alejé de la habitación cuanto pude, pero, como no sabía a dónde iban a parar los estrechos pasillos, me detuve y entonces asistí a unas muestras de superstición que me extrañaron tratándose de un hombre aparentemente tan sensato como mi casero. Entró en el lecho y de un tirón abrió la ventana mientras estallaba en sollozos:

—¡Ven, Cathy! ¡Ven! Te lo suplico una vez más. ¡Oh, amada de mi corazón, ven, ven al fin!

Pero el fantasma, con el capricho de todos los espectros, no se dignó a aparecer. En cambio, el viento y la nieve entraron por la ventana y me apagaron la luz.

Tanto dolor y tanta angustia traslucía la crisis que sufría aquel hombre que me retiré, reprochándome haberle escuchado y haberle relatado mi pesadilla, la cual le había afectado tanto por razones que mi comprensión no alcanzaba. Descendí al piso bajo y llegué a la cocina, donde pude encender la vela en el rescoldo de la lumbre. No se veía allí ser viviente, excepto un gato que salió de entre las cenizas y me saludó con un lastimero maullido.

Dos bancos semicirculares estaban arrimados al hogar. Me tendí en uno de ellos y el gato se instaló en el otro. Ya empezábamos ambos a dormirnos cuando un intruso invadió nuestro retiro. Era Joseph, que bajaba por una escalera de madera que debía de conducir a su camaranchón. Dirigió una mirada tétrica a la llama que yo había encendido, expulsó al gato para ocupar su sitio y se dedicó a cargar de tabaco una pipa que medía ocho centímetros de longitud. Debía de considerar mi presencia en su santuario una irreverencia tal que no merecía ni comentario.

Siempre silenciosamente, se llevó la pipa a la boca, se cruzó de brazos y empezó a fumar. Yo no interrumpí su placer y él, después de aspirar la última bocanada, se levantó exhalando un hondo suspiro y se fue tan gravemente como había llegado.

Sonaron cerca de mí otras pisadas más elásticas y, apenas abrí la boca para saludar, la cerré de nuevo al oír que Hareton Earnshaw se dedicaba a recitar en voz contenida una salmodia compuesta de tantas maldiciones como objetos iba tocando mientras revolvía en un rincón en busca de una pala o de un azadón con que quitar la nieve. Me miró, se le dilataron las aletas de la nariz y tanto se le ocurrió saludarme a mí como al gato que me hacía compañía. Comprendiendo por sus preparativos que se disponía a salir, abandoné mi duro lecho y me dispuse a seguirle. Él lo observó y con el mango de la azada me señaló una puerta.

La puerta comunicaba con el salón, en donde estaban ya las mujeres. Zillah avivaba el fuego con un fuelle colosal y la señora Heathcliff, reclinada ante la lumbre, leía un libro al resplandor de las llamas. Mantenía suspendida la mano entre el fuego y sus ojos y permanecía embebecida en la lectura, que solo abandonaba de vez en cuando para reprender a la cocinera si hacía saltar chispas sobre ella o para separar a alguno de los perros, que a veces la rozaban con el hocico. Me sorprendió ver también allí a Heathcliff, de pie junto al hogar, de espaldas a mí y, al parecer, terminando de reprender a la pobre Zillah, la cual, de cuando en cuando, interrumpía su tarea, se recogía una punta del delantal y suspiraba.

—En cuanto a ti, miserable... —Heathcliff profirió una palabra que no puede transcribirse dirigida a su nuera —, ya veo que continúas con tus odiosas mañas de siempre. Los demás trabajan para ganarse el pan que comen y solo tú vives de mi caridad. ¡Aparta esa basura y haz algo útil! ¡Deberías pagarme por la desgracia de estar viéndote siempre! ¿Me oyes, maldita bruja?

—Dejaré mi libro, porque si no me lo podría quitar —respondió la joven, dejándolo sobre una silla—. Pero, aunque se le abraze la boca injuriándome, no haré sino lo que se me antoje.

Heathcliff alzó la mano, pero su interlocutora, demostrando tener costumbre de aquellas escenas, se puso de un salto fuera de su alcance. Como semejante contienda, al estilo de perro y gato, no era agradable de presenciar, me aproximé a la lumbre fingiendo no haber reparado en la disputa y ellos tuvieron el decoro de disimular. Heathcliff, para no caer en la tentación de golpear a su nuera, se metió las manos en los bolsillos. La mujer se retiró a un rincón y, mientras estuve allí, permaneció callada como una estatua. Pero yo no me retrasé más tiempo. Decliné la invitación que me hicieron para que los acompañase a desayunar y, en cuanto apuntó la primera claridad de la aurora, salí al aire libre, frío como el hielo.

Mi casero me llamó mientras cruzaba el jardín y ofreció acompañarme a través de los pantanos. Hizo bien, ya que la colina se había convertido en un ondulante mar de nieve que ocultaba todas las desigualdades del terreno. La impresión que guardaba de la topografía del terreno no respondía en nada a lo que ahora veíamos, porque los hoyos estaban llenos de nieve y los montones de piedras –reliquias del trabajo de las canteras– que bordeaban el camino habían desaparecido bajo la bóveda. El día anterior había distinguido una sucesión de hitos erguidos a lo largo del camino y blanqueados con cal para que sirviesen de referencia en la oscuridad y también cuando las nevadas podían hacer confundir la tierra segura del camino con las movedizas charcas de sus márgenes. Pero ahora ni siquiera se percibían aquellos jalones. Mi acompañante tuvo que advertirme varias veces para impedir que me saliera del sendero.

Hablamos muy poco. A la entrada del parque de la granja, Heathcliff se detuvo, me dijo que suponía que ya no me extraviaría y con una simple indicación de la cabeza nos despedimos. En la portería no había nadie y recorrer las dos millas que distaban hasta la granja me costó dos horas, dadas las muchas veces que me equivoqué de camino,

extraviándome en la arboleda y hundiéndome, en ocasiones, en nieve hasta la nuca. El reloj daba las doce cuando llegué a mi casa. Había caminado a razón de un kilómetro y medio por hora desde que salí de Cumbres Borrascosas.

Mi doméstica y sus satélites acudieron tumultuosamente a recibirme y me aseguraron que me daban por muerto y que pensaban en ir a buscar mi cadáver entre la nieve. Les pedí que se calmaran, puesto que al fin había regresado. Subí dificultosamente las escaleras y entré en mi habitación. Estaba entumecido hasta los huesos. Me cambié de ropas y paseé por la estancia treinta o cuarenta minutos para entrar en calor, y luego me instalé en el despacho, tal vez demasiado lejos del alegre fuego y el humeante café que el ama de llaves había preparado para reanimarme.